

En resumen: el problema es un verdadero castillo de naipes. Estoy seguro de que Pedro de Lorenzo ha escrito un libro precioso, del cual ALCÁNTARA adelantó unas páginas. Pero ni será el libro de Extremadura, ni ese es el camino. Y bien sabe Dios que lo sentiría por mi buen amigo el escritor extremeño, hombre de letras sin duda alguna y, además, poseedor de un estilo finísimo. Mas su juventud y su vocación son una garantía.

Solo me resta, pues, agradecer a su prologuista los piropos, tan primorosos como suyos, con que obsequia a mi tierra y a sus ciudades, a sus hombres y a sus paisajes. ¡De todo corazón!

TOMAS MARTIN GIL.

VISTO Y NO VISTO

Se trata de un hecho insólito en los anales literarios de la vieja Norba. Y es el caso más peregrino porque no se refiere a «novelas rosas» ni a números de «El Coyote». Lo sucedido fué con una novela literaria, si hay que hablar de alguna manera para que nos entendamos, y con un libro de historia. Ambos escritos por extremeños y ambos, hasta cierto punto, caros.

Dichos libros, editados fuera de Cáceres, llegaron a estas librerías nuestras y, puestos en los escaparates, se agotaron rápidamente. Volvió a recibirse nueva remesa de la novela y... volvió a agotarse. Y así en otro envío. ¡Visto y no visto!

Debemos regocijarnos de estos hechos. Cáceres sabe ya distinguir en literatura y dar a cada uno lo suyo. Por cuya causa «Mirta», la novela de Reyes Huertas, y «Diego García de Paredes», la biografía de Miguel Muñoz de San Pedro, se han agotado tan rápidamente apenas llegaron a nuestra ciudad. Ya no se agotan aquí solo los libros de texto.

Ahora bien, las cosas deben tener siempre una causa justificada. En nuestro caso existe: los dos libros están primorosamente escritos. Si la novela es una hermosa biografía de un personaje ficticio, pudiéramos tomar la biografía por una real novela de aventuras. ¿Existirán aventuras más novelescas y atrayentes que las acontecidas al Sansón extremeño? Pero, cuidado. Con ser esta amenidad del libro una de sus buenas cualidades, no es la principal ni mucho menos. Porque la mejor alabanza que podemos decir de él, es su novedad en los datos encontrados por el autor. Hecho que aquí debemos hacer resaltar: el archivo de la casa de Canilleros, no es una *debesa* intelectual. Está abierto a todos los vientos y a los investigadores de buena voluntad. Aunque, a decir verdad, parece más laudable todavía que sea su dueño el primer investigador.

T. M. G.

ARTE

El Barroco y el Arte Popular

Del barroquismo docto, muy siglo XVIII, nos queda un arte popular, arte ingenuo, elemental en valores estéticos, gracioso con frecuencia, pero con gracia que solo se puede apreciar en los más humildes pueblos de Levante, Andalucía y Extremadura, incluso. Ese arte halla los principios y resoluciones técnicas en la simplicidad de un trazado geométrico en el que la línea curva, parabólica, todo lo más espiral, desempeñan el cometido fundamental de dar carácter, ambiente y estilo, en una palabra, personalidad y espíritu.

* * *

Del barroco americano ha asimilado nuestro arte popular la silueta y el perfil, más que la técnica y el detalle del motivo ornamental, aunque de una y de otro se encuentren con frecuencia incluso las réplicas más perfectas.

Esta asimilación ha tenido lugar, principalmente, por vía arquitectónica, donde los motivos plásticos de orden primario se confunden con facilidad porque su misma elemental gestación les da aceptación universal; es decir, que su incorporarse como valores de aplicación estética no les exige los requisitos que precisan los sentidos estéticos, individuales o colectivos más complicados; no les son precisas ciertas predisposiciones intelectuales, históricas o raciales.

De otro modo, nuestra rica tradición estética y la de aquellos indios y civilizaciones tlaxcaltecas o quichúes no hubiera habido forma de armonizarlas.

De todas maneras, entonces, como ahora y como siempre, concluyó por vencer el más fuerte, dejándose en la victoria, a modo de desgarrones, las suficientes esencias, tanto de fondo como de forma, como para crear un nuevo orden o estilo, más bien un sub-estilo.

* * *

En un reciente viaje por varios pueblos de la provincia de Cáceres, con un poco de obsesión por el arte popular, me he acabado de convencer—a fuerza quizá más de meditar que de ver—que éste no es creador, de inspiración afortunada, sino que va siempre a la zaga del arte docto, viniendo a ser como una degeneración de éste, porque le faltan la perfección técnica y la expresión inteligente.

No cabe negar que el arte popular tiene gracia y encanto—que tiene espíritu—y que por lo tanto excita nuestra sensibilidad tanto como estimula nuestra inteligencia en algún sentido; pero cabe preguntarnos, a pesar de todo, si

no sería más justo mejor que supervvalorizado, reprimir esa valorización sometiendo a proporciones más conformes con otros índices estimativos; sometiendo, por ejemplo, a la relatividad que aplicamos al justificar los encantos y las gracias de la infancia, las torpezas y debilidades de la vejez venerable; es decir, de los seres humanos indotados.

* * *

Dentro del arte popular es preciso tener siempre en cuenta las características psicológicas del pueblo que lo produce. Todos sabemos que hay pueblos de imaginación viva, de reacciones inteligentes, de espitualidades sentimentales, de asimilaciones rápidas y fáciles, con finas facultades selectivas. A estos —que suelen ser latinos y meridionales— corresponde, como es natural, un arte grácil, luminoso, impresionista, dentro de la modestia de una técnica rudimentaria; armonioso, dentro de los contrasentidos estilísticos; lógico, dentro de su pura intuición. Es decir, consigue crear, en la medida de sus posibilidades, un arte sabio porque es la misma representación de su alma colectiva, y, por lo tanto, asientan las bases más seguras para su caracterización y su consiguiente interpretación.

Estos pueblos tenían que rezumar barroco y ofrecernos, al tiempo en que este elemento adquirió consistencia histórica, un espíritu nítido y transparente como la tierra, el cielo y la luz en que se amasó, adquiriendo una existencia en la que la plasticidad era el principal fundamento de su razón de ser.

* * *

Nada de esto sucede en aquellos pueblos en los que la ignorancia común a todos ellos se mezcla con una invencible torpeza para percibir y asimilarse los valores de orden espiritual, y en posesión, por lo tanto, de una indiferencia que va pregonando una insensibilidad de categoría racial. Son pueblos que carecen de caracteres capaces de denotar y denunciar a una personalidad por modesta que sea. Si acaso, esa personalidad solo queda cimentada precisamente en la falta de carácter; pero a costa de esta negación, ni aún así logran por contraste esa personalidad. Porque el carácter exige un dinamismo vital del que se hallan ausentes y es el que lo forma, lo conforma, lo hace sedimentar en manifestaciones plásticas, manteniéndolo vivo, en actitud permanente de comprensión y de impresionar sensibilidades. En el caso contrario, siempre carecerán de una expresión personal suficientemente enérgica y es sabido, como queda dicho, que la personalidad es la expresión del carácter.

En estas condiciones llegan esos pueblos a desconocer la misma existencia del valor estético, o, por lo menos, han perdido la tradición consciente de esa existencia, viviendo en este último aspecto como espectros de otros hombres y de otras épocas. Tal es el caso de gran parte de Extremadura, y sobre todo de estos pueblos de la provincia de Cáceres—desde donde escribo este ensayo—. Unos son romanos; otros árabes; mudéjares; feudales... Otros, nada.

* * *

El pueblo, digámoslo de una vez, no produce valores estéticos originales, de categoría creadora y genial, de actitud fecundante. Los investigadores y

eruditos de las expresiones estéticas populares, dejándose llevar de las mismas influencias que tratan de discernir, supervvaloran con frecuencia el contenido autóctono de aquellas experiencias, al remontaase a sus orígenes, de tal modo que los llegan a considerar como las más auténticas fuentes de expresiones estéticas superiores. Claro es que producen por un método en que el análisis de garantías lógicas a sus afirmaciones, pero ya queda dicho que en los estudios da esta naturaleza se dan verdaderas contradicciones y curiosos contrastes y aun paradójicas conclusiones.

Desde luego carezco de cultura y documentación suficiente para desarrollar esta cuestión y mucho menos para rebatir su enunciado como ley general —cosa, por otra parte, que es ajena a esta divagación por los campos del barroco—, pero no tengamos aquí aquella otra cuestión sobre la primacia o primogenitura entre el huevo y la gallina. Imposible dar un paso por esta selva oscura «quel la diritta via era smarrita», fuera de todo camino recto. Comenzamos por enfrentarnos con una estética solamente manifestada por vía rupestre, pero por documento al fin, y empezamos por aplicarle nuestra crítica y nuestra experiencia; nuestra mentalidad y nuestra sensibilidad. ¿Cómo llegar a dictaminar con garantía de acierto en estas condiciones? Todo un riguroso orden científico, creado a través de la experiencia de miles años, no es bastante para resolernos el problema más sencillo que se nos representa en las cavernas de Altamira; la cuestión de su razón de ser, dándole a este verbo toda la sustantividad. ¿Sabríamos siquiera responder a estas preguntas?: ¿Es arte popular el de aquellas pinturas rupestres? ¿es arte excepcional, de suprema maestría, de quintaesenciada técnica, donde se agotó toda la tradición y toda la experiencia al mismo tiempo que toda la sensibilidad de un pueblo? ¿fue una representación genial de un hombre o de una civilización? ¿contiene en su expresión valores estéticos representativos de una mayoría o una minoría?

* * *

Los valores individuales, que a cada momento emergen de entre la compacta masa popular, quedan diferenciados inmediata, y precisamente porque ya no son populares; llevan en sus vuelos auras de indudable filiación popular, pero son ineficaces para adquirir elevación y trascendencia. La inmensa colectividad anónima aprovecha, con más o menos avidez—según sus características y calidades raciales—aquello que sorprende su impresionabilidad, aquello que es inteligente, sensitivo, estético, genial; de tal modo, que su manera de actuar y reaccionar es casi la misma que la de las fuerzas naturales sobre la materia. El guijarro del río se pulimenta lentísimamente hasta adquirir nueva forma, algunas veces, por la naturaleza física de las piedras, bellísimas formas. ¿No será que la fuerza espiritual de que está dotada la expresión genial individualizada entra en el alma popular haciendo su sensibilidad estética, adquiriendo, forjando y rectificando formas, valores y representaciones, que concluyen por cuajar en otras formas, valores y representaciones suficientes a imbuir personalidad, carácter y genio? ¿No estará la personalidad popular entre esas vagas expresiones difusas, diluidas en un anonimato de imposible discriminación?

En cambio, no se verá tan fácilmente en el arte popular imposiciones estéticas que no obedezcan a una consecuencia lógica de largas tradiciones morfológicas e ideológicas. El genio individual, monstruo de la técnica, influiría

inmediatamente sobre una minoría, pero el arte popular solo incorporará sus valores por los pasos contados y cronometrados de una normal evolución.

Esto nos viene a decir que la estética popular ni es genial ni se manifiesta jamás en expresiones geniales. Vá a la zaga de éstas y sólo aprovecha aquello que la experiencia le aconseja.

* * *

De un modo o de otro, la cuestión queda siempre pendiente. Será para nosotros una interrogante la de buscar el origen de la personalidad estética popular, la que irremisiblemente habremos de encontrar—y solo en apariencias—en su misma raíz o en la degeneración de una estética sometida a un orden y a una razón, a un sistema, a una tradición y a una experiencia que haya pasado por el tamiz de las aceptaciones universales. Por eso, el arte popular solo copia lo más elemental, y en las dificultades que este arte halla—por motivos de incomprensión, técnicos propiamente dichos y hasta económicos—para realizar sus representaciones, hallamos, a lo mejor, nuevos valores, que consiguen una personalidad ficticia, embobamiento de eruditos y de investigadores ingenuos.

J. DE H.

HEMOS VISTO

Exposición Moreno Márquez

El excelente pintor extremeño que tan loable labor va realizando en nuestra ciudad, nos deparó el regalo de mostrarnos un conjunto selecto de su obra artística, en el Aula de Dibujo de la Escuela Elemental de Trabajo. Como prólogo a las fiestas de nuestra Feria de Mayo, se inauguró esta Exposición concurriendo las más destacadas personalidades cacereñas al acto inaugural, en el que, el Secretario del Patronato de Formación Profesional Sr. Martín Gil, pronunció unas palabras en las cuales quiso hacer resaltar la importancia del hecho de la Exposición y los méritos del artista.

La exposición fué visitadísima y elogiosamente comentada. En su clausura, el Sr. López Martínez hizo una bella semblanza del pintor y el Sr. Ortí Belmonte pronunció una acabada conferencia examinando las tres clases de obras expuestas: miniaturas, bodegones y retratos, sobre cada una de las cuales hizo glosas en las que se aliaban una gran erudición y un sagaz sentido crítico. Por último, el Sr. Bravo, en funciones de Alcalde, declaró clausurada la Exposición.

El éxito de ésta ha sido resonante, como no esperábamos menos que sucediera. Sin entrar en detalles que nos llevarían muy lejos, no podemos dejar pasar la ocasión sin bosquejar el efecto general de la obra pictórica de Moreno Márquez. Preside, ante todo, en la misma el mimoso regodero de la técnica al servicio de un alto sentido de la composición, logrando convencionales pero sugestivos efectos de luces y fondos, y el conjunto es tratado con un suave casi imperceptible decorativismo de la más elevada prosapia artística. De ahí el ambiente de idealización de la realidad que encubre sus cuadros, de los que emana un evanescente hálito de sublimación erótica. Por eso sus retratos, junto a un sorprendente parecido realista se impregnan de un especial sentimiento que les dá cierto regusto poético de figuras de leyenda.

No sé por qué la contemplación de estos cuadros me sugiere la literatura recamada y brillante, de elegante estilo y maravillosos efectos de prosistas como Valle Inclán o de poetas como Ruben Darío. Tengo para mí que el acierto máximo de Moreno Márquez lo constituiría una serie de ilustraciones de las «Sonatas» que protagoniza el Marqués de Bradomin.

Moreno Márquez es un pintor logrado, que, en la plenitud de su capacidad artística, trabaja animoso e incansable, poniendo en sus cuadros de encargo—retratos—no sólo el sorprendente parecido físico, sino copiando el alma con certera expresividad, y siempre, cualesquiera que hayan sido las transigencias, ha sabido salvar con limpieza la nota de distinción y el servicio a las supremas exigencias del arte, para lograr en todo caso una obra digna de él.

Con verdadero deseo y anticipado gozo, esperamos que un día nos deleite con la pintura de «un cuadro», el que él puede y debe pintar sin más guía que su insuperable inspiración, con pinceles enfervorizados en la misma y libres de esas pequeñas concesiones casi ineludibles en otras circunstancias.

CURIO O'XILLO.